



MAHOMET IV.



as primeras claridades del padre de la luz bañaban las apizarradas cúpulas de Constantinopla, y ya se oían los monótonos cantares

de los numerosos esclavos que empuzaban los trabajos en sus voluptuosos jardines. El palacio de los Sultanes sobresale en medio de los edificios, elevando con orgullo sus doradas galerías y afiligranadas agujas. Mahomet IV sentado en el salón de las audiencias, solo, sin el numeroso séquito que le abruma. Su continente guerrero y su fisonomía noble y espresiva, anuncian al héroe infatigable, al vencedor de Candía, al azote de la Polonia y al terror de la Alemania. Su aire es pensativo; dirige sin cesar una impaciente mirada al cielo y exclama: todo anuncia la plácida bonanza que reina en la naturaleza, ¿por qué en mi corazón no ha de haber la misma calma, y queda sumido en una profunda meditacion de la que le saca la voz de Rara Mustafá, su Visir y favo-

I.
rito, que le dice: Alá te guarde, gran Mahomet, ya supongo á qué me llamas: quieres que tu ejército vaya á coger nuevos laureles, quieres que volemos á vengar la osadía de Luis XIV: solo esperamos tus órdenes: cien mil guerreros están dispuestos á lavar la mancha que cayó en aquella desgraciada batalla, y te juro por el Profeta que verás ondear el estandarte de la Media Luna sobre los humeantes muros de Viena, y clavada en una lanza la caduca cabeza de su orgulloso gobernador. Estás triste, lo conozco, solo en medio de los combates se muestra tu frente serena.

Sí, le interrumpió el Sultan lanzando un amargo suspiro; sí, necesita mi alma de aquellas grandes impresiones que cicatrizan las heridas profundas del corazón: volvamos al tiempo en que solo hacia mi felicidad el estruendo de las armas y el horror de las batallas; pero antes quiero confiarte un secreto: siéntate y escucha. Sentóse el Visir, y Mahomet continuó. No quiero recordarte los pormenores de aquel funesto día en que el ejército de Luis XIV, favorecido sin duda de algun poder infernal, hizo morder la tierra á tantos de nuestros valientes en San Gotardo, cuando ya el Empe-

rador de Alemania, aniquilados sus ejércitos y lleno de terror con nuestras victorias, iba á sucumbir y ser nuestro esclavo. Tú arrostraste á mi lado la muerte aquel terrible día, en el que separados del ejército vagamos al acaso por los bosques: aun recordarás que ya el sol siguiendo su carrera llegaba á su ocaso para alumbrar á otros mundos, y que ya las aves se recogían entre el ramaje, cuando de la espesura salieron aquellos ginetes que blandiendo las lanzas nos intimaban á voces que nos rindiéramos. Una *Huri*, hermosa y pura como el primer suspiro del hombre, los capitaneaba, y el fuego patrio brillaba en sus miradas... sus ojos se encontraron con los míos, y olvidando por un momento el peligro que nos amenazaba, me figuré que trasportado al paraíso era el presente que Alá me hacía en recompensa de los desvelos que me he tomado por la patria. También sabes que las sombras de la noche nos salvaron, y al nuevo sol nos reunimos á los restos de nuestro ejército, y que á la vista de los mismos campos que habían sido testigos de nuestro infortunio firmamos una paz ventajosa, conservando por ella la *Transilvania*. Desde aquel día no puedo apartar de mi memoria las encantadoras facciones de aquella virgen del Edem que se me apareció en las desgracias, como en una borrasca el Iris con su brillante colorido anunciando á los mortales días serenos.

Sí, *Mustafá*, su imagen seductora me persigue, y hasta la idea de la gloria se borra de mi imaginación cuando recuerdo su hermosura. Los ojos del Visir centellean al oír al Sultan, y los roedores celos despedazan su corazón: lanza una mirada parecida á la del tigre del desierto cuando oye el rugido del león; su atezado rostro se cubre de una palidez mortal, y violen-

tando una sonrisa, le dice... ¿Es posible, poderoso *Mahomet*, que te dejes subyugar por el amor, tú, á cuyo nombre vacilan todos los tronos del mundo, ¡ah! no permita el Profeta que esa funesta pasión emponzoñe tus días: levanta ese brazo esforzado, y los ángeles de la victoria te cubrirán con sus alas. *Mahomet* se levanta, y estrechándole entre sus brazos, esclama.

Alá te envía para mi consuelo. O, tú, mi mejor amigo: vé, convoca al *Mutfi*, á los Grandes y Gefes del ejército y hazles saber mi voluntad de marchar sobre Viena, y si vencemos, añadiendo nuevos laureles á mi Imperio, tal vez veré á aquella moradora de las nubes, á la celestial *Huri*, por quien suspira mi alma.

El Visir se separa de los brazos del Sultan, y con el semblante lleno de confusión sale precipitado de la estancia murmurando: en la bóveda celeste está escrita tu sentencia; el abismo se abre á tus plantas, y mi brazo es quien te ha de precipitar en él.

II.

Libres los Húngaros del yugo Otomano se apresuraban á sacudir la dominación del Emperador *Leopoldo*, el que llevado más de su carácter duro que de la reflexión y de la política, quiso afirmar con la fuerza y el terror los derechos de su corona. Este paso inconsiderado fué un nuevo germen de disensiones que á poco se desenvolvió con todo el carácter de la más espantosa rebelión. El joven *Emerik Tekeli*, vástago de una de las familias más distinguidas de Hungría, se puso á la cabeza de los sublevados y juró vengar la sangre de sus compatriotas derramada por la corte de Viena. Las ventajas que consiguieron en los primeros momentos, unidas á su carácter

emprendedor y activo, lograron rebelar á los que aun se mantenian fieles á Leopoldo, y para asegurar de un modo positivo empresa tan atrevida se puso bajo la proteccion de *Mahomet IV*, que le declaró rey de la alta Hungría. Siendo con la de Transilvania, Moldavia y Balaquia la cuarta corona que aquel Sultan ceñia á príncipes cristianos. Estas disensiones movieron á *Mahomet* á dirigir sus armas contra el Emperador de Alemania.

Leopoldo conociendo el yerro que habia cometido, las colosales fuerzas del ejército musulman, y el mal estado de defensa en que se hallaba Viena, abandonó la capital el 7 de Julio de 1683, llevándose consigo á la Emperatriz su esposa, y demas familia, y encargó la defensa de la ciudad al conde de *Estaremborg*, su antiguo gobernador. Esta marcha repentina llenó de desaliento á los habitantes, y las noticias que todos los dias llegaban de los movimientos del enemigo, mandado por el mismo Sultan, acabó de esparcir la consternacion hasta en los ánimos mas esforzados: solo el anciano conde se muestra sereno: toma las disposiciones mas enérgicas, arma al paisanage, abre fosos, corre á caballo todos los puntos, los anima á hacer una heroica defensa, y antes que entregarse á la esclavitud á sepultarse entre las ruinas de sus hogares. Su voz electriza al pueblo, y la alegría y el entusiasmo suceden á la tristeza y desaliento: por todas partes resuena el eco enérgico del clarin, y las calles y plazas presentan el cuadro de un vasto campo de armas... El ilustre conde desde su infancia se habia entregado á la carrera militar; sus virtudes, sus progresos en el arte de la guerra, y su acrisolado patriotismo le habian atraído el aprecio de sus conciudadanos y hasta el del mismo Emperador Leopoldo. No tenia mas familia que una

hija, la hermosa *Carolina*, á la que amaba ciegamente. ¿Qué mortal era capaz de verla sin que desde aquel momento no sintiese en su corazon la necesidad de amar? 17 años, una fisonomía noble, una tez blanca como el alabastro, unos ojos negros y rasgados y un talle ligero y esbelto la hacian parecer una de las creaciones fantásticas que se fragua la imaginacion del hombre en los primeros ensueños de las pasiones. No tenia otro apoyo en la tierra que su padre; éste la adoraba, y sin embargo no era del todo feliz... Recuerda á cada momento el dia del combate de *San Gotardo*, en el que custodiada por algunos caballeros lejos del campo de batalla, vió huir por el bosque á dos agarenos, y escuchó la voz de uno de los que la guardaban, que dijo: compañeros, que no se nos escape la presa; el del turbante azul es *Mahomet*. Este vuelve la cabeza, se encuentra su sobresaltada mirada con la de *Carolina*... fija sus ojos despues en el cielo y se escapan á favor de la velocidad de sus caballos... La hija de *Estaremborg* siente en su corazon un tormento inesplicable... busca la soledad, y á menudo siente correr por sus mejillas una lágrima abrasadora... ¡Ah! Gran Dios, esclama... ¿por qué habrá nacido musulman? ¿por qué será enemigo de mi patria? Un rubor virginal cubre su rostro, y quiere desechar en vano de su pensamiento aquella mirada indefinible.

III.

Estaba á la mitad de su carrera el astro del dia, el 27 de Agosto de 1683, cuando desde lo alto de las torres de Viena se empezó á divisar un torbellino de polvo parecido al que mueve el desencadenado huracan. A poco se distinguen unas líneas rojizas y el reflejo de las lanzas y escudos, semejan-

:

te á un inmenso lago de fuego con bordes ensangrentados: infinitas familias despavoridas huyen al avistar al enemigo y llegan á buscar un amparo bajo los débiles muros de Viena. Todo representa el horrible cuadro de la desolacion.

A la caida de la tarde ya está enteramente cercada la capital, y las numerosas tiendas de los campamentos parecen otras tantas fantasmás blancuecinas que concurren para ser testigos de los horrores que en breve han de seguirse. En la tienda del Sultan, adornada con ricas tapicerías orientales y preciosos pebeteros donde se queman los mas esquisitos aromas de la Arabia feliz, se hallan reunidos todos los gefes del ejército tratando del medio mas ventajoso de entrar en la ciudad. *Mahomet* y los *Bajaes* mas acreditados opinan que vayan parlamentarios que pintando á los sitiados la inutilidad de sus esfuerzos, les persuadan á entregar las llaves de la ciudad. Pero la traicion, esa hija fatal de los infiernos, habia ya ganado á la multitud, *Rara-Mustafá* los halaga con la idea del saqueo y la matanza, y él se persuade que en el desórden del asalto le será fácil apoderarse de la cristiana, que de otro modo deberá adornar el harem de su poderoso rival. Los partidos disputan con calor, el murmullo crece, y ya están próximos á llegar á las manos, cuando sale una voz de entre la multitud: todas las miradas se fijan en la puerta, el silencio mas profundo sucede al belicoso rumor. Un ministro del Islamiento se adelanta con paso magistoso hasta donde está sentado el Sultan: eleva una mano sobre la cabeza de éste, y con tono solemne pronuncia estas palabras. «Descendiente de *Abuquir*, la mision que Alá me ha dado sobre la tierra es la de hacer observar á todos los creyentes

este código divino. Tú eres el primero que debes acatarlo, y abriendo el Koran que lleva en la otra mano lee con una especie de arrobamiento inspirado «La voz del pueblo es la voz de Dios, y el Profeta echa su eterno anatema al que no la escuche.» Ya lo has oido, gran *Mahomet*: tu pueblo es el ejército, este pide el asalto. El Sultan está indeciso, en el rostro del Visir se asoman unas ráfagas de placer feroz, y los demas esperan la determinacion de su Soberano. Por fin este se levanta de los ricos almohadones en que yace sentado, y con aquella voz firme que tantas veces habia resonado en medio de los combates, dice así: «Valientes compañeros de fatiga, hijos predilectos del Profeta, antes que el sol se oculte tres veces los muros de Viena estarán convertidos en polvo, sus atrevidos defensores serán vuestros esclavos, y sus inocentes bellezas aumentarán vuestros placeres.» Mil gritos de aplauso se siguen á estas palabras. Los gefes lo victorean, y *Rara-Mustafá* le felicita con una satisfaccion diabólica.

IV.

Te juro, *Klaprott*, que no las tengo todas conmigo: si hemos de colegir por los preparativos de esos perros musulmanes hoy les daremos tal vez la revancha del chubasco que pasaron en *San Gotardo*. ¡Mas voto á tal, que por lo que toca á mí pienso despachar unos cuantos antes de rendirme. — Pues yo te juro por mis bigotes que maldito el cuidado que tengo á esa canalla. El Emperador ha pedido auxilio á *Juan Sobieski* y al duque de *Lorena*, y con poco que nos defendamos llegarán á tiempo para darles otra leccion como... un prolongado redoble interrumpió la conversacion de los dos veteranos que sentados sobre un

murallon esperaban la venida del día, la cual se retardaba porque entoldaban la atmósfera parduscos y espesos nubarrones que corrian hácia el occidente. Los vigías han anunciado el movimiento del ejército enemigo; los soldados corren á ocupar sus puestos: todo presagia que la defensa va á ser obstinada. *Carolina* desde lo alto de un templete que tiene en el jardín vé el ejército musulman y busca con penetrante mirada al gefe que lo manda. Todo el día se pasa en preparativos, hasta que llegada la noche avanzan los tercios musulmanes, y en un momento se hace el combate general. Los fosos se ciegan de cadáveres, los batallones turcos desaparecen, y en el acto los substituyen otros tantos que vuelven con mas encarnizamiento á la lucha. Unos y otros hacen prodigios de valor, pero los adoradores del Profeta ya han penetrado por varias partés llevando en pos de sí la muerte y la destruccion. La densa oscuridad hace que sitiados y sitiadores se confundan; la gritería de los vencedores y los ayes de los moribundos penetran hasta donde está *Carolina*: tal vez su padre ha sucumbido á los golpes de sus adversarios, y confundido entre otros valientes no tendrá la infeliz ni aun el consuelo de verter una lágrima sobre su sepulcro. Abismada en tan melancólicos pensamientos, descende al jardín para preguntar á los soldados, que huyendo pasaban del otro lado de las verjas, lo que tanto interesaba á su corazón. Ya habia andado algunos pasos cuando cree escuchar cerca de sí cierto rumor... helada de espanto dirige una mirada á su alrededor, y ve desprenderse de entre los rosales una figura humana... La luna brilla un momento, y reconoce al opresor de su patria, á *Mahomet IV*. La desgraciada quiere huir, pero en vano; una fuerza desconocida la detie-

ne, y oye la voz del musulman que la dice: «Tierna flor abatida por el huracan, vírgen hermosa, no huyas, que *Mahomet* vencedor ó vencido será siempre tu esclavo," y arrojándose á los pies de *Carolina* espera su sentencia. La jóven le rechaza diciéndole: ¡aléjate de estos sitios que emponzoñas con tu aliento: algun día me era grato el recuerdo de tu nombre; pero el amor de mi patria, á quien llenas de luto, ha borrado de mi alma una imagen peligrosa, una pasion criminal... como el agua del torrente disipa una débil chispa que el rayo dejó en la tierra al penetrar por sus entrañas. Vuelve á ponerte al frente de tus feroces huestes é inmola esta nueva víctima que se ofrece á tu rabia! = Ah, divina Huri, tú me amabas... te era grato el recuerdo de mi nombre!... qué oigo! tus palabras descienden á mi corazón abrasado, como el fresco rocío de la aurora, como el céfiro que adormece los párpados del viagero del desierto... ¿y llamas criminal á esta pasion que el Profeta bendice desde el séptimo cielo? ¿y osas decir que la ha destruido el torrente?... No: te engañas; esa sangre, esa destruccion, esa ruina, no pueden apagar la pura llama del amor una vez encendida... la chispa que penetra en el corazón no perece sino con él. Iba el Sultan á continuar su impetuoso discurso cuando se percibieron á lo lejos unos alaridos espantosos... la gritería se aumenta, algun acontecimiento inesperado ha venido á decidir la suerte de las armas, las confusas voces que dan los Alemanes de «*Viva Juan Sobieski*: Viva el rey de Polonia," rebelan al Sultan la horrosa certidumbre de lo que en su interior sospechaba. Sus ojos se inflaman de pronto; su crecida estatura y el alfange desnudo que brilla en su mano le podria hacer pasar por un ser invencible... Diríjese á *Carolina*, y con

voz atropellada la dice pasándola el brazo por la cintura... «Ven, muger encantadora: ven á partir conmigo el trono ó el sepulcro.» Y súbito como el tigre cazador que se lanza en los bosques sujetando entre los agudos colmillos á su inocente presa, *Mahomet* se sale de la ciudad, arrastrando consigo á la trémula belleza incapaz de resistirle. Ya tocan sus pies en el sangriento foso, ya salta los montones de cadáveres acumulados en rededor, ya se acerca á la capilla solitaria distante muchos pasos de la Ciudad; y allí respira sobre el helado pavimento, y consuela á la tímida hermosura que llora enmudecida. — Mas ¡ah! el feroz Visir ha seguido sus pasos favorecido de la oscuridad. Ha reunido multitud de lanceros tártaros que vagaban dispersos y les ha dicho: «compañeros, la vergüenza del vencido no se disipa sino con sangre: bajo ese techo reposa un cobarde musulman que huyendo del campo del honor ha venido á entregarse en los brazos de

una esclava miserable. Corramos á sepultarle en el eterno sueño, y á tremolar su sangrienta cabeza para escarmiento de traidores; y al pronunciar estas palabras, su caballo lleno de polvo y cubierto de blanca espuma ha tocado con sus ferrados cascos el ropage del valiente Sultan. Este ha descargado su formidable alfange sobre el cuello del Visir, la sangre enrojece el suelo y un momento despues el brioso animal corre desbocado por la pradera, libre del pesado ginete que muerde la tierra y espira.

¿Pero de qué sirve este pasagero triunfo al intrépido y desventurado Mahomet: una multitud de lanzas se dirigen contra su pecho, y en vano pretende resistir. Las profundas heridas que ha recibido dan paso franco á las sombras de la muerte que ya se esparcen por su semblante. Vuelve los ojos vidriosos hácia Carolina que le tiende sus brazos y espira sobre su regazo!...

J. P.

Antigüedades.

LA CABALLERÍA.

El espíritu militar que reinaba en todas las clases de la sociedad á mediados del Siglo X, el desprecio con que se miraba la agricultura, y los desórdenes que traían consigo las continuas y encarnizadas guerras que se hacian los Señores feudales, dieron origen á la Caballería.

— Era indispensable en una época en

que no se respetaba el derecho de propiedad, y en que el pillaje proporcionaba á los hombres un sustento fácil y exento de penalidades y fatigas, que todos tomasen las armas; los Nobles para rechazar la agresion de los Señores que tenian posesiones inmediatas á las suyas y evitar las continuas correrías con que devastaban sus do-

minios ; y los Plebeyos con el objeto de adquirir las riquezas que les ofrecia el saqueo, y con el de poder algun dia ser dueños de un castillo y salir de la masa comun de pecheros.

Estos desórdenes dieron lugar á que reuniéndose cierto número de Nobles formasen una especie de germania para protegerse del enemigo comun y defender al bello sexo, que en medio de esta agitacion universal y á favor de las revueltas que trastornaban la sociedad habia sufrido repetidos insultos.

Todos los Señores feudales en cuyo pecho no se habia estinguido la llama de la virtud, todos los condes, duques, ricos-hombres, castellanos, y vidames, corrieron á combatir bajo las banderas de esta nueva milicia, en la cual se alistaban los mismos Soberanos: por todas partes eran acatados con la mayor veneracion todos aquellos que tenian el honroso título de *Caballeros*, instituyéndose mas adelante fiestas y ceremonias para la admission de un individuo en esta distinguida Corporacion.

En el Siglo XI no podia ser admitido ningun Noble en la orden de Caballería sin haber ejercido antes los cargos de doncel y de escudero al lado de algun Caballero, entregándose estos mutuamente sus hijos para instruirlos en el aprendizaje de la Caballería: á la edad de siete años salian del poder de las madres y pasaban al de los padres, que los ejercitaban en las fatigas de la guerra: á los catorce años ascendian de la clase de donceles á la de escuderos, en la que tenian el encargo de cuidar las armas y caballos de su Señor, acompañarle en sus viajes, seguirle á la guerra y estar siempre á su defensiva: cumplidos estos cargos ascendian sucesivamente al del *hombres de armas*, y de este al de *Caballeros*.

Varias ceremonias llenas de supersticion y de ignorancia habian sido instituidas para admitir al novicio en la Orden: la víspera de armarle Caballero debia confesar y comulgar, hacer oracion en algun templo en compañía de los padrinos y un sacerdote, debiendo estar preparado de antemano con ayunos y otras penitencias, comer solo en una mesa vestido con una túnica blanca, sin poder hablar ni reir, y velar toda la noche sus armas en la iglesia del pueblo ó en la capilla del castillo donde habia de ser investido. A la mañana siguiente era conducido á la iglesia, llevando pendiente al cuello la espada con un cordon; el sacerdote la bendecia y se la colocaba otra vez en la misma forma; el novicio puesto de rodillas la entregaba á la Señora ó Caballero que debia armarle, prestando el juramento de *mantener el honor de la religion y de la caballeria*, aquel le calzaba la espuela de oro, le vestia la coraza, le ponía el brazal, la escarcela, la manopla y el *alpartaz* ó loriga con capucha, dándole en seguida tres golpes sobre la espalda con el plano de la espada diciendo: *en el nombre de Dios, de S. Miguel y de S. Jorge os hago Caballero: sed valiente y leal*.

Esta ceremonia era seguida de grandes fiestas y torneos, no pudiendo nunca ser admitido el pretendiente en la Orden hasta los veinte y un años.

En el tiempo de las Cruzadas llegó la Caballería á su mayor lustre y engrandecimiento; el deseo de la gloria, la emulacion, y mas que todo la ambicion de riquezas y distinciones, obligaban á todos los Señores feudales á levantar cuerpos de tropas, y alistándose en las Cruzadas pasar á Palestina bajo las órdenes de algun Príncipe ó Soberano: un acto de valor, una accion gloriosa, concluida la batalla, era premiada con la Orden de Caballería, llegando por este medio á ser aquella

la distincion mas honorífica á que pudiera aspirarse.

Los Caballeros se dedicaban esclusivamente á la guerra y los amores, á defender la hermosura, proteger al débil, recorrer las Cortes extranjeras, imponiéndose escrupulosamente en sus ceremonias y costumbres, y nunca dejaban pasar la ocasion en que pudieran ostentar su gallardía y su destreza en el manejo de las armas.

En tiempo de paz se ejercitaban en varios juegos guerreros como los *pasos honrosos*, los *torneos* y las *justas*; en los cuales figuraban un combate dos ó mas guerreros, y que nunca concluian sin desgracias. Bajo el nombre de *paso honroso* se conocia no solo el sitio que defendia un Caballero llamado *mantenedor* sino tambien el combate que indispensablemente habia de sostener el que intentaba pasar por el punto defendido. En los torneos se presentaban los Caballeros brillantemente armados y acompañados de sus donceles y escuderos; el vencedor ó vencedores eran premiados por mano

de la llamada *Señora de la hermosura y de los amores*: los torneos tuvieron su origen en Italia, y generalizados en toda Europa se abolieron hácia el año 1560. Las *justas* se diferenciaban únicamente de los torneos en que eran combates entre dos solas personas, aun cuando posteriormente las celebraron tambien cuadrillas de Caballeros que combatian por parejas.

Al mismo tiempo que los Caballeros estaban completamente instruidos en el manejo de las armas, carecian de conocimientos indispensables, pues la mayor parte de ellos no sabian leer: consagrados exclusivamente á la guerra y al galanteo, su ignorancia era extraordinaria, sus costumbres corrompidas, y su religion estaba reducida á varias fórmulas, que todas respiraban supersticion y fanatismo. Sin embargo prestaron á la sociedad señalados servicios, y en todos ellos se notaba una decidida inclinacion á la gloria y un vivo deseo de distinguirse con acciones grandiosas.

E. V.

A. D. F. P. de A. con motivo de la composicion que insertó en el Español del 5 de Octubre del presente año

Soneto.

Sensible trovador en cuya frente
Se ve un iris de paz y de ventura
Que difunde feliz su lumbre pura
Como estrella que brilla en el Oriente.

Extático placer mi pecho siente
Al oir de tu canto la ternura,
Y de Sion la celestial dulzura
Imagino gozar allá en mi mente:

Tú de sublime inspiracion henchido
Timbre ilustre serás del patrio suelo,
Y en mármoles eternos esculpido,

Cuando tu genio se remonte al Cielo
De Taso y Lamartin al claro nombre
Brillará unido tu inmortal renombre. = J. S. Ocaña.